

LA ÚLTIMA CARRERA

Silencio. Las manos palpan el suelo. Músculos en tensión. Agazapado. Sereno. Preparado. Silencio. La calma que precede a la tormenta. Silencio. El sonido sordo de la nada, del vacío, de la ausencia de todo. Silencio. Silencio. Silen...

Suena el disparo. Estalla en el cielo, como un trueno, como un fuego de artificios. Es el momento, ya no hay vuelta atrás. Echas a correr. Un rumor despierta, va creciendo, se convierte en estruendo. La noche ha despertado con el disparo y decenas, cientos, miles de voces jalean desde las alturas, un único rugido de infinitas gargantas. Los focos te ciegan, kilovatios y kilovatios, un torrente de luz para que nadie se lo pierda. No puedes levantar la cabeza, no puedes alzar la mirada, el resplandor te ciega. De todas formas, ¿qué más da?, ¿qué quieres ver? Corre.

La vista clavada al frente. No miras a los lados, no puedes perder el tiempo contemplando a los otros. Eran tus compañeros, sí. Jóvenes, divertidos, alegres, ilusionados. Como tú. Hasta que comenzó la carrera. Solo puede ganar uno, la gloria está reservada únicamente para el primero. Ahora son tus rivales, tus adversarios. Son tus enemigos. Tienes que dejarlos atrás, muy atrás. Aprieta, abre hueco, que pierdan la esperanza de alcanzarte.

Llevas toda la vida preparándote para este momento. Ya lo has vivido en multitud de ocasiones... Una y otra vez, a lo largo de los años, ha inspirado tus sueños noche tras noche tras noche. Correr. Ser el más rápido. Un niño veloz, un niño que no deja de correr, un niño que vuela de la aldea al río y del río a la aldea. Un niño del que dicen que podría ganarse el pan con la rapidez de sus piernas. Allá arriba. Tantas veces te lo han dicho que al final te lo has creído, has empleado cada día de tu miserable vida en alcanzar el sueño; largas horas de entrenamiento, al amanecer, bajo el calor, potencia, en la noche, bajo la lluvia, velocidad, una y otra vez, vuelta a empezar, resistencia. El momento ha llegado: estás en la final. Ganar o perder. El todo o la nada. Victoria o muerte.

Te acercas a la valla, la primera, la más importante. Superarla correctamente marcará el ritmo de la carrera. Sabes que está a punto de llegar, es el momento; crees advertir su forma entre el destello de los focos, alzándose con fortaleza pétrea ante ti; cada vez es mayor, enorme frontera. Sabes cómo hacerlo, lo has ensayado miles de veces. Es como un baile, no puede haber medias zancadas, el momento del salto tiene que coincidir exactamente con el trazado de la valla, hay que superarla y caer de pie.

Lo haces. A la perfección. Con la elegancia de un felino. A tu espalda oyes un ruido; después un quejido amargo, áspero, aterrador; un llanto desolado. Algún corredor ha caído al suelo, no ha podido superar la primera valla, ha concluido su carrera. Te gustaría detenerte, regresar sobre tus pasos, tenderle la mano para alzarlo del suelo, enjugar sus lágrimas, volver a correr, juntos. Pero no puede ser. Hoy no. Cada uno corre hoy con su propia carga, con sus esperanzas e ilusiones, con sus urgencias y necesidades a cuestas, cada uno tiene que soportar el peso de su propia vida. No es tu culpa. No puedes jugártelo todo por otro. No es tu culpa. Tú has entrenado, has saltado limpiamente, lo estás consiguiendo. No es tu culpa. Esperan mucho de ti, no los puedes decepcionar. No es...

Hacia la meta. El objetivo. La promesa de un mañana mejor. Toma aire, llena los pulmones. Expúlsalo. Cabeza erguida. Rodillas levantadas. Los brazos al compás. Estira la pierna. Apoya el pie. Flexiona los dedos. Impúlsate. Corre. Vuela. Vuelve a empezar. Otra vez. Otra. Tu imagen dará la vuelta al mundo, brillarás en las portadas de los periódicos, los informativos repetirán una y otra vez tu carrera, tu gesta, ese momento exacto en el que cruces la cinta de meta, cientos de flashes, las autoridades recibéndote, interesándose por ti, por tu historia, por tu ejemplo, “voló para ganarse el futuro”, “sus pasos le condujeron a un mundo mejor”.

Una nueva valla. No te puedes distraer, queda mucho para la meta y no sabes dónde están tus enemigos, si te rozan con su aliento, si te estarán adelantando por otra calle, si dosifican las fuerzas para despegar en la recta final. Para ti no sirven las estrategias: solo correr, correr más que nadie.

Cada carrera es la vida y en unos segundos se resume el misterio de la existencia: salir ilusionado, pleno de fuerzas, gigante; avanzar, hacia adelante, superar las dificultades, cansarse, vaciarse, llegar al final, como se pueda, sin aire, a trompicones, pero llegar de pie. Y todo lo que sucede por medio no es más que el ruido de los días. Punto. Así es en la aldea, lo sabes, tú lo sabes. Sin embargo, arriba....

Esta será tu última carrera. Ya no tendrás que entrenar más. La victoria tiene premio: un nuevo mundo lleno de posibilidades. Quedarán atrás las puertas cerradas, no habrá barreras que impidan tu paso, desaparecerá el “no”, el silencio, el vacío, dejarás de ser invisible para convertirte en un héroe, el ejemplo a seguir para las nuevas generaciones. En tu aldea celebrarán tu victoria, cantarán y bailarán por ti, el niño que corría, el valiente que lo consiguió. La esperanza calza tus zapatillas.

Escuchas una respiración, ruidosa, atronadora. ¿Es la tuya? ¿Es tu propia respiración? No, no puede ser. Es de otro, del enemigo. Está cerca, lo escuchas, va a por ti, quiere superarte. Te has confiado; has pensado y aquí no se puede pensar. Solo correr. Estúpido. Imbécil. ¡Corre! ¡Vacíate! Aprieta los puños, no claves el pie, ¡impúlsate! ¡lánzate! No pienses, no lo hagas, ¡no!, concéntrate en dar un paso, otro paso, cada uno te acerca al final. ¡Vamos! ¡Vamos!

Una nueva valla, cada vez son más altas, alzan la mirada al cielo, barricada contra la esperanza, como los barrotes de esa cárcel que te encierra, que te condena a una vida que no es vida, al dolor, a la privación, niños que cuando nacen no tienen derecho a nada, esclavos, niños como tú lo fuiste, niños como los tuyos, tus hijos, que esperan tu llamada, ese ring que lo cambiará todo. ¡Otra vez no! ¡No pienses! ¡No puedes permitirte! ¡Corre!

Pero piensas en ellos, en la familia, quieres llorar, pero no te lo puedes permitir, ahora no, más rápido, que el viento se lleve las lágrimas, que no te cieguen, que las luces que te persiguen desde los mastodónticos focos no sean estrellas titilando sobre el agua, tienes que ver el camino, necesitas verlo, necesitas alcanzar con la mirada el final, necesitas...pero te queman...no puedes tropezar, te abrasan

la piel, no puedes...los ánimos, gritos, no puedes...el ruido, para, sigue, detente, más, vamos...no puedes...no puedes...ahora no...no puedes caer...

La última valla. Ahí está, como un espejismo. Los cuádriceps te laten, los bíceps te laten, la frente te late, te golpea una y otra vez, un zarpazo, un latigazo, te duelen los tobillos, las rodillas, ¿cuántos metros tiene esta carrera?, ¿cuántos kilómetros?, ¿cientos?, ¿miles?, ¿cuándo empezaste a correr?, ¿hoy?, ¿ayer?, ¿hace un año?, ¿toda la vida?, no puedes controlar la frecuencia de la zancada, no puedes medir la precisión del salto, solo puedes impulsarte, lanzarte de cabeza para intentar llegar al otro lado, para atisbar la meta, para que todo termine de una maldita vez...

...un golpe, ropa desgarrada, arañazos abriendo surcos sobre tu piel, un dolor punzante que te hace gritar... pero la pasas, la has pasado, has superado la última valla y estás de pie, a unos metros de la meta, no eres consciente de ello, pero estás corriendo, no sabes cómo, no sabes de dónde han salido las fuerzas, pero estás corriendo y vislumbras la cinta de llegada, la meta, roja y blanca, entre luces anaranjadas, el estruendo de miles de voces, explosiones, el ruido y la luz, más y más y más, y tú corres, sonríes y corres, levantas los brazos, lanzas tu último grito, un aullido a la noche, echas la cabeza hacia atrás y sacas el pecho para cruzar, para triunfar, para ganar...

Un disparo.

Caes al suelo. De espaldas. Desplomado.

Te arde el pecho. Aminora el latido de los músculos. Un zumbido se desplaza flotando alrededor de tu cabeza. Quieres moverte, incorporarte sobre la áspera tierra. Pero tus piernas no responden. Ya no. Silencio.

Estiras el brazo, abres el puño, alargas los temblorosos dedos hasta que crujen e intentas rozar con las falanges, con la punta de las yemas de los dedos esa línea recta que separa uno y otro lado.

Pero tú no lo ves. Tú no puedes verlo. Tus ojos están clavados en el cielo.

Una solitaria lágrima, veloz, se desliza por tu mejilla y cae sobre la tierra. Y sobre esa misma tierra, humedecida por la sangre, se desploma tu brazo, tu mano, tus dedos, las yemas, inertes.

A unos milímetros de la meta.

A unos milímetros de la frontera.

La carrera ha terminado.